

JUAN 19,38-42

TEXTO

«³⁸Pero después de estas cosas, **José de Arimatea**, que era **discípulo** oculto de **Jesús** por miedo a **los judíos**, rogó a **Pilato** que le permitiera retirar el cuerpo de **Jesús**, y **Pilato** accedió. Así que fue y retiró su cuerpo.

³⁹Pero fue también **Nicodemo**, el que había ido a **él** al principio, de noche, llevando una mixtura de mirra y áloe de unas cien libras.

⁴⁰Así que tomaron el cuerpo de **Jesús** y lo envolvieron en lienzos con los aromas, como es costumbre enterrar entre **los judíos**.

⁴¹Pero había en el lugar donde había sido crucificado un huerto, y en el huerto un sepulcro nuevo, donde nadie había sido depositado. ⁴²Así que, puesto que era el día de la preparación y el sepulcro estaba cerca, pusieron allí a **Jesús**».

COMENTARIO

- El relato del entierro de Jesús, que el narrador cuenta tan delicadamente, concluye el relato de la pasión y remite a los acontecimientos que tendrán lugar más allá del sepulcro de Jesús. Se establece un nexo con los acontecimientos narrados hasta este momento, «después de estas cosas» (v. 38), y el relato nos cuenta las primeras acciones de una comunidad fundada en la cruz. Aparecen dos personajes, uno de los cuales es conocido: Nicodemo (v. 39). Anteriormente había ido a ver a Jesús de noche por miedo a «los judíos» (cf. 3,1). Se presenta a José de Arimatea como otro discípulo que también había permanecido oculto por miedo a «los judíos» (v. 38). Estos discípulos secretos se hacen ahora públicos. José de Arimatea se dirige a la persona que había entregado a Jesús para que lo crucificaran y le pide, consiguiéndolo, el cuerpo de Jesús (v. 38). Conjuntamente ungen y envuelven el cuerpo de Jesús de una forma que no es conocida en la tradición sinóptica. Jesús, proclamado y coronado como rey ante Pilato (cf. 18,28-19,16a), proclamado de nuevo como rey en el letrero de la cruz (19,19-22), y que actuó como rey al fundar un nuevo pueblo de Dios desde la cruz (vv. 25-27), es ungido con una enorme cantidad de aromas, envuelto en los lienzos de la mortaja y colocado en un sepulcro nuevo. Es enterrado como un rey (vv. 40-42). El narrador indica que estas cosas tuvieron lugar en un huerto (v. 41), recordando que el relato de la Pasión comenzó también en un huerto (cf. 18,1). Ahora está rodeado de sus nuevos amigos, una comunidad que trata su cuerpo crucificado de una forma regia. Muchas son las cosas que han ocurrido desde que Jesús se encontrara con sus enemigos en un huerto, a solas, traicionado por Judas y malinterpretado por Pedro (cf. 18,1-5.10-11).

- **Conclusión a 18,1-19,37:** La primera y la última escena (18,1-11; 19,38-42), que se desarrollan en un huerto, dan testimonio de una importante inversión que se ha hecho posible gracias a los acontecimientos que han ocurrido durante el relato de la Pasión.

La segunda escena, el interrogatorio de Jesús por «los judíos», está estructurada por las negaciones de Pedro (18,12-27). Remite a la futura comunidad de discípulos, que habían oído lo que Jesús dijo, como el lugar donde podía encontrarse entonces la enseñanza de Jesús. Esta referencia a la comunidad está emparejada con la descripción de la crucifixión y muerte de Jesús (19,16b-37): el momento regio del levantamiento, la unificación y la fundación de una comunidad de fe y amor. Con la muerte Jesús perfecciona todo lo que fue enviado a hacer, dando el Espíritu y la sangre y el agua que brotaron del costado del traspasado. El Dios que amó tanto al mundo que dio a su único Hijo (cf. 3,16) se revela ahora a todos los que miren al que ha entregado su vida por sus amigos, el mayor gesto posible de amor (cf. 15,13).

La escena central (18,28-19,16a) constituye una unidad en sí misma. Está consagrada a la proclamación y la coronación de Jesús como rey y al juicio irónico de quienes aparentemente son los que le están juzgando. Estos muestran en sus palabras y hechos que no pertenecen a la verdad.

Muchas de las anticipaciones del relato han sido ya resueltas: el levantamiento (cf. 3,14; 8,28; 12,32), «la hora» (cf. 2,4; 7,6.30; 8,20; 13,1; 17,1; 19,27), el don del Espíritu (cf. 7,37-39), la revelación de un Dios que amó tanto al mundo que dio a su único Hijo (cf. 3,16). Jesús crucificado ha sido proclamado rey (cf. 18,28-19,16a) y ha ejercido su autoridad regia (19,16b-37). Ha llevado a su perfección la tarea encomendada por el Padre (cf. 4,34; 17,4; 19,28-30). Ha revelado la gloria de Dios (cf. 11,4; 13,31-32; 17,1-5) y, al hacerlo, se ha glorificado a sí mismo (cf. 11,4; 12,23). La promesa del don del Espíritu-Paráclito, que no iba a acontecer hasta que Jesús fuera glorificado mediante su partida, retornando al Padre por la muerte (cf. 14,16-18; 15,26; 16,7), se ha cumplido finalmente (cf. 19,30).

.- Sin embargo, a la luz del discurso de despedida (13,1-17,26), hay otras anticipaciones que sólo se han resuelto parcialmente. Requieren un tiempo más allá de la vida y la muerte de Jesús para su completa resolución y sólo pueden ser resueltas por los lectores del relato. La «reunión» de todas las gentes en torno al elevado desde la tierra (cf. 10,16; 11,51-52; 12,11.19-32) tiene sus comienzos en la fundación de una nueva comunidad de fe y amor al pie de la cruz (19,25-27), nutrida por la sangre y el agua que brotan del costado del traspasado (cf. 6,27; 19,31-37). A pesar de la persistente fragilidad de quienes habían oído la palabra de Jesús, que siempre pueden negarle (Pedro) y traicionarle (Judas), ellos son ahora los portadores de la enseñanza de Jesús (cf. 18,12-27), purificados por la palabra (cf. 13,10; 15,3), confiados a la solicitud del Padre (17,11-12), elegidos y enviados (13,18-20). Su fragilidad no ha desaparecido. En efecto, el hecho de que Jesús los eligiera y enviara es otra indicación de un amor que revela a Dios (13,19). A estos frágiles discípulos -no importa cuánto hubieran fallado- se les lanza el reto de amar como él ha amado (13,34-35; 15,12-17) para ser integrados en la unión de amor que une al Padre y al Hijo (cf. 14,23; 15,9-11; 16,26-27; 17,24-26). Al mirar al que traspasaron, las futuras generaciones de creyentes verán la revelación de la gloria de Dios y a Jesús glorificado (cf. 19,37). En la ausencia de Jesús, ellos tendrán siempre al Paráclito, el Espíritu de verdad (14,16-17; 16,7), que les enseñará y les recordará todo lo que Jesús les ha enseñado (14,26). Darán testimonio de Jesús, junto con sus discípulos, durante su ausencia (15,26-27), poniendo al descubierto la falsedad de un mundo que se ha convertido en un fin en sí mismo (16,8-10), y continuarán la revelación de Dios iniciada por Jesús (16,12-15). Hay un tiempo intermedio lleno de la presencia de «otro Paráclito» durante el que los seguidores de Jesús esperan, confiadamente, el cumplimiento de otra de sus promesas: «Volveré y os tomaré conmigo, para que donde yo esté también estéis vosotros» (14,3). Jesús ha contado la historia de Dios (cf. 1,18), pero el lector es consciente de que la cruz no es el final de su historia. Una comunidad de sus discípulos, el grupo fundador de una comunidad posterior está leyendo esta versión particular de la historia de Jesús (cf. 17,20). Están divididos (cf. 6,60-71), son odiados, excluidos e incluso injusticiados (cf. 15,18-16,3). A esta situación se dirige un relato de sufrimiento y muerte que es al mismo tiempo gloria. Aun a pesar del sentido de finalización creado por el relato joánico de la Pasión, hay cuestiones que quedan pendientes.